labras del Publicano, porque se creia el mas famoso pecador del mundo.

De esta profunda humildad nacia su maravillosa paciencia, de que dió bastantes pruebas en treinta años de enfermedad, durante la cual no se le oian mas palabras, cuando esperimentaba agudos dolores, que aquellas de S. Agustin: *Hic ure, hic seca, modo in aeternum parcas;* y si alguno manifestaba compasion de verlo padecer, le decia: *Justo es que sea castigado este miserable pecador.*

No fué menos admirable su desprecio por las cosas de la tierra: la renta que su padre le señaló, luego que entró á la casa de la Congregacion, la dejó á sus superiores: usaba en sus vestidos lo mas pobre, y hasta en los ornamentos sagrados queria que nada fuese sobresaliente ni rico; nunca quiso usar una hermosa casulla que su hermana le habia dado cuando cantó su primera misa. Se habia hecho un órgano para la iglesia, que tenia algunos ligeros adornos, y por esta circunstancia no quiso admitirlo hasta que no se los quitasen, diciendo que nada rico convenia á la pobreza de su instituto.

En cuanto á las mortificaciones del cuerpo, no quiso Dios dejarlas al arbitrio de Renato; pero le afligió con tantas y tan dolorosas enfermedades, que puede decirse que en el espacio de muchos años padeció sin intermision. No era menos ejemplar que asombroso en su mortificacion interior, y fué perfectamente dueño de sí mismo, dominando todas sus pasiones; privóse de visitar á sus hermanos y parientes, y en el espacio de veinte años solo vió á su padre dos ocasiones en que estuvo este en peligro de muerte. Este acto de generoso despego se lo premió Dios con darle á su padre la vocacion de misionero, en cuyo estado murió al lado de Renato, dejando ejemplos grandes de piedad.

Guardó la castidad con la mayor vigilancia, sin que jamas hablase con muger alguna á solas. Fué en esto, así como en otras muchas cosas, el mas fiel observante de los consejos y ejemplos de Vicente, y todo lo que durante su gobierno de la Congregacion hacia y ordenaba, lo ajustaba en un todo á la conducta que su padre Vicente habia observado en iguales circunstancias: así es que hasta á la hora de su muerte quiso echarles la bendicion en nombre de Vicente, lo que enterneció y edificó sobremanera á todos sus hijos.

ANTONIO PORTAIL.

El primer compañero de Vicente, como ya hemos dicho en la vida de este santo, fué Antonio Portail, sacerdote de la diócesis de Arli; vivió en compañía de Vicente casi cincuenta años, y en todo este tiempo tuvo por principal objeto imitar las virtudes de tan buen maestro, dedicándose con mayor empeño á igualarlo en la humildad, lo que consiguió casi completamente, pues en nada se deleitaba tanto como en verse despreciado de cuantos le trataban, y en huir todo lo que pudiera darle honra ó estimacion.

Conociendo Vicente los raros talentos con que el cielo lo habia adornado, lo ocupó en varios empleos, y le mandó componer un libro de meditaciones, que dió á luz ocultando su nombre. Era muy afecto á la oracion mental, y por esto amaba el silencio y el retiro, y seguia puntualmente el consejo de su venerable padre, de que un misionero debia ser entre los labradores un apóstol y en su casa un cartujo. Vicente solia proponerlo á los demas como un ejemplo de perfeccion y modelo de mansedumbre y cristiana dulzura, cuya virtud mucho le costó adquirir por ser naturalmente áspero y severo en su trato con los demas. Todos admiraban en él la exacta observancia que tenia á sus reglas, cumpliendo con las mas ligeras obligaciones y asistiendo á los oficios divinos, aun en muy avanzada edad. Nunca se le notó apego á las cosas terrestres; llegando á tal estremo de desprendimiento de ellas, que jamas escribió á sus parientes ni los visitó. Fué hasta su muerte Superior general de las Hermanas de la Caridad, y el espíritu que en ellas dejó prueba bien claro que era en él muy ardiente el amor del prójimo.

El temor de la muerte y del último juicio lo tenia continuamente acongojado; pero el Señor quiso quitarle esta cruz en los últimos dias de su vida, dándole una dulcísima paz y tranquilidad con la que murió en los brazos de sus hermanos el año de 1660.

El mejor panegírico que de Antonio Portail puede hacerse es la carta siguiente de Vicente, en que comunica á los suyos su feliz tránsito: dice así: « Ha sido Dios servido de privarnos del Sor. « Portail que pasó á la otra vida el 14 de Febrero. Habia temido « continuamente la muerte; pero viendo que se acercaba, la acep-

« tó con paz y resignacion, y me dijo muchas veces que no le ha-
« bia quedado ni una mínima impresion del temor pasado. Murió
« como vivió: en el ejercicio de padecer, en la práctica de las vir-
« tudes, en un vivo deseo de consumir su vida haciendo la volun-
« tad de Dios. Fué uno de los dos primeros que se dedicaron con
« afan al ejercicio de las misiones, y en los empleos que ha ocupa-
« do ha hecho notables servicios á la Congregacion; y sin duda
« esta hubiera perdido mucho en su persona, si Dios no dispusiera
« las cosas del mejor modo, y no nos hiciese encontrar el bien en lo
« que nosotros reputamos como mal. "

Con estas últimas palabras da á entender Vicente que estando en el cielo su fiel hijo y compañero, rogaria por el adelanto de la Congregacion, y le seria de este modo mas útil que si se hallase presente entre ellos.

HISTORIA

DE LA CANONIZACION

DE

SAN VICENTE DE PAUL.

La noticia de las virtudes de nuestro Vicente se esparció á pesar de las precauciones que tomaba para ocultarlas; y un escritor que muy injustamente acusa á los hijos de haberse avergonzado de la gloria de su padre, se complace en confesar que pocas personas de su estado han tenido mayor reputacion. El tiempo no debilitó esta tan justamente merecida, y cada año la confirmaban milagros de todas clases. Esto hizo al fin pensar en su beatificacion, con gran contento de todos los que amaban á la Iglesia; los reyes y príncipes se unieron á sus vasallos para suplicar á Clemente XI que empezase á tratar este grande asunto; y en pocos años se vieron llegar cartas del rey de Francia, del rey y la reina de Inglaterra, del duque de Lorena, del gran duque de Toscana, del dux y la república de Génova, y de gran número de cardenales. En cuanto á los obispos, su número fué tan grande, que me contentaré con decir, que á casi todos los del reino se juntaron los de Polonia, España, Italia, de las islas de la Gran-Bretaña; y aun los que no siempre habian estado de acuerdo sobre otras materias, como Bossuet, Fenelon, Montgaillard, celebraron á una voz la estraordinaria caridad del siervo de Dios. La asamblea de 1705, persuadida por el cardenal Noailles, hizo en corporacion lo que habian hecho los otros prelados en sus diócesis. Los cabildos de nuestra Señora de San German de Auxerre, siguieron el mismo ejemplo; la ciudad de Paris, representada por su ayuntamiento, escribió tambien, y de una manera digna de ella y del hombre grande para cuya gloria trabajaba; á estas cartas se reunian las de todos los superiores de órdenes religiosas, y de los miembros del clero.

Y no se crea que estas cartas son un tegido de generalidades, que á fuerza de decir mucho, no dicen casi nada en particular. De todas las que nos quedan y que el papa hizo imprimir en Roma en 1709, no hay una que no se funde sobre hechos relativos á los que las escriben. Así es que el rey de Inglaterra motiva sus instancias sobre los servicios que hizo Vicente á sus reinos de Escocia y de Irlanda en los mas tempestuosos tiempos: y bien hubiera podido añadir que de los misioneros que prestaron estos importantes servicios, uno padeció largo tiempo en un calabozo por órden del parricida Cromwell, y otro fué bárbaramente asesinado á la vista de su madre. Así es tambien que el duque de Lorena dice: que la memoria de este gran siervo de Dios, está en grandísima veneracion entre los pueblos de sus estados, en agradecimiento de los socorros espirituales que recibieron de él en los mas calamitosos tiempos. En fin, el ayuntamiento de Paris, cuya carta es de las mejores que se han escrito sobre este asunto, despues de recordar las heroicas virtudes que por mas de cincuenta años practicó Vicente de Paul en esta capital, el buen olor de Jesucristo que de tantas maneras difundió, y la reputacion de santidad en que murió, continúa en estos términos: « ¿Hay alguna clase de miserables, Santísimo « Padre, á cuyos males no haya puesto remedio « Vicente de Paul? Las Hijas de la Caridad ins- « tituidas por él, que tienen mas de treinta y « cinco casas en Paris, y cerca de trescientas fue- « ra del reino, instruyen á los hijos de los po- « bres, les prestan los mas humillantes servicios « en sus propias chozas ó en los hospitales, con « una caridad, modestia y destreza que tanto « edifica á los ricos, como instruye y alivia á los « pobres. Las familias indigentes encuentran un « recurso seguro en las Cofradías fundadas por